

Semblanza del Libertador Simón Bolívar

Discurso del Profesor de Química Biológica,
Dr. Leopoldo Dávila Córdoba

No es mi propósito mirar al Libertador Simón Bolívar en el terreno de la Historia; nó, puesto que mucho se ha manejado la pluma en este sentido; ora inclinándose a la verdad, ora alejándose de ella, tanto que se ha llegado a transformar al Libertador en el novelesco personaje en que han convertido los pseudo-historiadores a los hombres de su talla en el arte de guerrear. Mi idea es estudiar a Bolívar, someramente, en el campo de la Sociología y de la Psicología, así como a los países que le sepultaron en el ostracismo apurándole la amarga copa del dolor.

El Libertador, fruto de su época y de la ola de rebeldía que caracterizó a los hombres de los siglos XVII, XVIII y principios del XIX; de esos seres clásicos por la hipertrofia de los centros donde radican la dignidad, la altivez y el valor, marcó su tiempo, no solamente para América sino para la Europa misma, señalando un período psicológico y sociológico para los pueblos americanos. Y digo psicológico y sociológico, porque antes de las guerras de la emancipación, los pueblos de América sufrieron algo así como un estancamiento en su vida de evolución y progreso, y fue Bolívar quien cerró ese paréntesis, a que continuaran los pueblos llamados después hispano-americanos, su vida independiente y libre bajo el pabellón republicano, a cuya sombra trabajarían por

la igualdad ciudadana y por el gobierno democrático.

Bolívar el Guerrero de América guarda gran semejanza con los hombres de su tiempo o con los que le precedieron, con la manía de engrandecer su patria o los pueblos que ampararon: tales como Cromwell en Inglaterra, Napoleón Bonaparte en Francia, Bismarck en Alemania, etc., diferenciándose de ellos por algunos rasgos que caracterizan la fisonomía propia del Libertador. Así vemos a Cromwell hombre de talento y carácter, pero tirano y déspota, engrandecer a Inglaterra; a Napoleón Bonaparte que llevó en sus venas sangre italiana, talvez de los antiguos romanos: algo de César, Augusto, Marco Aurelio y Nerón, de ahí un tirano de la reforma, un filósofo que le gusta ver correr sangre, un valiente soldado que en sus fobias no se detiene y ante el Príncipe de Gales ordena a sus soldados lanzarse al precipicio, sin objeto alguno, un jurista y un psiquiatra que intuye que el sueño dobla al más fuerte y que no tiene culpa el centinela que se duerme tras largos días de combate, y al mismo tiempo el vulgar émulo de Nerón que se mofa de la modestia de un sabio como Lamarck, y al fin en gran parte el autor de las glorias de Francia; a Bismarck, el soldado alemán y el gran diplomático de Alemania que hizo sentir lo que es un soldado y un cerebro de Alemania. Y a la altura del saber y táctica de Cromwell en Inglaterra, del valor y talento de Napoleón en Francia y del valor y la diplomacia de Bismarck en Alemania, está Bolívar en América, sin la ambición ni la tiranía de los europeos citados; tan sólo con su amor a los pueblos oprimidos que le vieron nacer. Luchó valerosamente contra el León de España a fin de romper las cadenas de esclavitud opresoras de los pueblos americanos, para luego después de sus sacrificios, alejarse a morir solitario, frente al Caribe, contemplando las fantásticas aguas de ese mar tantas veces soñado por él, sin la ambición de gloria después de sus triunfos, ni de las caricias femeninas tan halagadoras para el Libertador de América.

Bolívar impetuoso, sensual y en su período de calma bondadoso hasta la dulzura, reveló desde su juven-

tud el terreno predispuerto a la tuberculosis.

Terminadas las guerras de la Emancipación y libres los pueblos de América comenzaron una nueva vida, la vida de evolución y progreso; pero no en todo terreno, puesto que en el político sufrieron inmensamente, consecuencia lógica de las luchas prolongadas. A los triunfos repetidos siguió la atrofia de los centros de la dignidad y del valor; de ahí que a la dignidad sucedió la vileza y al valor la traición y sus consecuencias las sufrió el Libertador.

Los pueblos enfermos y fatigados por tanto luchar se dejaron seducir fácilmente por los ingratos y traidores, por aquellos que viendo en Bolívar un escollo para sus aspiraciones de dominación y opresión lo lanzaron a Santa Marta; en donde pudo el Libertador repetir la frase de Marco Aurelio: "Amo la traición, pero odio al traidor". Y ese odio al traidor fue indudablemente el origen de su delirio: "José, levántate y vamos". Aun cuando hoy no podemos decir si el Libertador quería huir de los ingratos cuya baba inmundada es peor que el tétanos o el veneno de las cantáridas, menos irritante que el recuerdo de los traidores.

No es por demás, aquí, hacer notar que este fenómeno psicológico de los pueblos guerreros se ha repetido en distintas épocas y lugares del mundo; ahí esta Grecia después de las guerras sicilianas, Francia la de la época napoleónica, etc; pero en ninguno de esos lugares se realizó dicho fenómeno en la forma tan vergonzosa como la que pasó en América con el Libertador Bolívar, el Genio sin ambiciones. Aun cuando hoy no nos llame la atención, desde que sabemos que se trata de un efecto propio de la metamorfosis humana; con mayor razón cuando pasa lo que pasó en América, que a los hombres que llevaban tatuadas en su espíritu las ideas de libertad y progreso sucedieron los personajes de las grandes máscaras, especie de caricaturas del vicio. De ahí también que los pueblos, poco a poco, fueron reducidos a desechos de servilismo en el fango de la esclavitud. Y no es pura fraseología lo dicho, para ejemplo ahí está Venezuela oprimida, el pueblo reducido a la estulticia, la juventud, circunvoluciones del cerebro de

un pueblo, reducida a vivir en mazmorras; y aun cuando no en la misma forma tan acremente opresora y tiránica, el Perú, Bolivia, el Ecuador y Colombia, sin contar con las que quedan muy al sur, envueltas en su manto fúnebre y desgajadas como una anciana que ha perdido a su unigénito.

Esta es la evolución política de los pueblos de América después de la muerte de Bolívar, cuyos gobiernos acéfalos han embrutecido más a dichos pueblos, llevándoles por el camino del vicio y de las degeneraciones, es decir: después de la mesa de la orgía y de la mantanza, han levantado el tablado de la locura y de las degeneraciones epileptóideas.

Prueba evidente de la falta de ambiciones en el Libertador; para dominar los pueblos libertados por él, son sus elocuentes declaraciones: "Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro". Deseos que se helaron apenas habían salido del pecho del padre de la patria; puesto que en los pueblos libertados por Bolívar no solamente que continuaron los partidos, sino que a los partidos sucedieran grupos de arribistas, politiqueros de ocasión, especie de sepultureros del porvenir de la patria.

He ahí a grandes rasgos la semblanza del Libertador Simón Bolívar, que há un siglo abandonó para siempre el escenario de la vida, legándonos sus sagradas cenizas, las que de tiempo en tiempo, desde el fondo de su tumba, nos envían grandes chispazos de luz insinuando a sus pueblos a que vean claramente el camino de su restauración y regeneración.

Diciembre 20 de 1930.